



15-01-2023

«Bienaventurados los pobres en el espíritu,  
porque de ellos es el reino de los cielos»

(Mateo 5,3).

Bienaventurados, es decir, "felices", **los pobres en el espíritu**. Jesús lo proclama. Puede parecer una paradoja, más allá de cualquier lógica humana. Asociar pobreza y felicidad siempre parece fuera de lugar, pero sobre todo cuando tanta gente sufre a causa de la crisis económica, cuando tanta gente muere de hambre y de sed.

Para comprender el valor y el significado de la primera bienaventuranza evangélica, debemos, ante todo, **mirar a Jesús**, sólo a él. Él nos dice: "Hacedos mis discípulos. Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón". Jesús es la beatitud. Antes de proclamar las bienaventuranzas, las vive. Y puesto que las vive, las proclama.

Lo de las bienaventuranzas cristianas es **un itinerario de perfección**, en el que cada bienaventuranza representa una etapa indispensable.

La perfección es una meta por la que luchar, a la que llegar. Es algo dinámico, como una montaña para escalar.

Como fundamento está la **"pobreza"**. **"Pobreza de espíritu"**.

Pobre es quien pide ayuda, quien se humilla e implora. La "pobreza de espíritu", indicada y proclamada por Jesús, es la condición de quien no quiere ser esclavo de las cosas de este mundo, sino que está dispuesto a acoger los bienes que vienen de Dios.

Ser "pobre de espíritu" no significa ante todo o únicamente pobreza material. Es **reconocerse "pobre" ante Dios**.

**Magdalena tradujo la bienaventuranza evangélica** en su propia conducta de vida, y la enseñó. Estaba convencida de que la identificación con Jesús exige pasar por una vida de auténtica pobreza en el desprendimiento de las cosas de este mundo, usándolas para lo que es necesario.

Magdalena Aulina se confió totalmente a la divina Providencia, precisamente porque vivía en profundidad las bienaventuranzas, porque era "pobre de espíritu".

En cada "Casa Nostra", y en el corazón de cada discípula, Magdalena quería que quedaran "grabadas" estas palabras: "Si la Obra vive de la fe en la Providencia, Dios la sostendrá por manos generosas".

Magdalena supo vaciarse por completo para llenarse de los mismos sentimientos de Jesús. Decía: "Renuncio no sólo a lo que es mío, sino también a mí misma para ser totalmente tuya". Su humildad y su total abandono en la divina Providencia le hicieron esperar todo de Aquél que todo lo puede. Le permitieron aceptar humildemente lo que se le daba y, a su vez, dar generosamente a los necesitados espiritual y materialmente.

Como prueba de su gran devoción a la Providencia y de su total abandono en ella, es la imagen que preside la capilla de su casa natal en Banyoles: el divino Niño está totalmente abandonado en el regazo de María, la **Virgen de la Providencia**.

El abandono total y confiado fue el "hilo conductor" de la vida de Magdalena, expresado en su "**darse** " a los demás: "Darse: no tanto o no sólo para dar cosas que muchas veces no tendréis, sino para dar sonrisas, consuelos, consejos, ánimos".

